



ME GUSTARÍA VOLVER

El problema es que no se adónde

ALBERTO CAMACHO PORRAS

Editorial Doble Vínculo
(publicaciones antiautoritarias desde Santander)

**Me gustaría volver.
El problema es que
no sé adónde.**

Alberto Camacho Porras

Título: *Me gustaría volver. El problema es que no sé adónde.*

Autor: Alberto Camacho Porras

Edita y distribuye: *Editorial Doble Vínculo*

(publicaciones antiautoritarias desde Santander)

editorialdoblevinculo@hotmail.com

Primera edición: Septiembre de 2018

Esta obra puede ser reproducida, modificada, copiada, distribuida y exhibida, siempre que se cite la autoría, se haga sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Me gustaría volver.
El problema es que
no sé adónde.

Alberto Camacho Porras

Índice

Prólogo	9
Es mi pueblo	15
Makoke	18
Momo	21
Noche de verano	22
El tedio	24
Gente.	26
Katanga	29
Todas y cada una	32
Allí	34
Todos ellos	38
El teatro	42
Con queso azul	44
El aire húmedo	48
Sonata de verano horas antes de Torrecerredo.....	50
¿Qué arde?	52
Recuerdos de básquet	54
Paraguas	60
Sobre gustos no hay nada escrito.....	62

Prólogo

¿Qué hace una editorial de Santander publicando unos cortos literarios que parten de Madrid? Pues podríamos resumirlo sencillamente en la amistad. Palabra desgastada, usada a la ligera muchas veces y confundida en otras. Concepto que confundimos muchas veces con complacencia. Es en estos proyectos compartidos en que profundizamos en las relaciones tejidas al calor de alicientes y nostalgias concretas que poner en común. Si una editorial al final no deja de ser otra excusa para tejer redes, igual de válida que muchas otras formas, a veces no necesitamos más discurso que ese, el de reconocernos como diferentes que intentan relacionarse de igual a igual.

Con el gusto que da poder dar salida a esta propuesta, también me gusta la idea de hacer hincapié en algunos de los aspectos que me evocan estos pequeños relatos. Sin ánimo de condicionar a quien esté leyendo esto, sin duda lo que más me ha hecho disfrutar ha sido el leer un formato más íntimo, imper-

fecto y humano que el panfleto ordinario y ortodoxo en el que algunxs nos refugiamos con tanta facilidad. Después de esto; la melancolía de la infancia y sus pelotas lanzadas al cielo que aún esperamos caigan al suelo, los recuerdos de la sencillez que se observa en lo cotidiano, la empatía por otros seres a los que cogemos afecto, la rabia hacia el mundo bienpensante y su forma de vida que pisa y destroza a su antojo, la observación de las remodelaciones urbanísticas como especie depredadora que impone el cambio en nuestras vidas, la apreciación de los resquicios de un mundo en extinción, la atracción por la belleza, que no idealización, de la basura, la chusma, la desposesión, la turba urbana enmarcada en paisajes decadentes y olvidados....

Echar de menos, experiencias de curros y encuentros forzados o fortuitos, odio a lo normalizado de la que a veces intuyo, desemboca de lo anterior. Paseos en soledad, duelos, viajes y experiencias en lugares atravesados por la lucha de clases, amor al tiempo que se escapa y no deja de escaparse. Inevitables contradicciones, entre el cariño por lo más llano y sencillo y el asco a la gente que sobrevive entre ocio de usar y tirar.

Queremos volver, el problema es que no sabemos adonde, pues despojadas de raíces, creamos las

nuestras como podemos, entre identidades con las que nos protegemos y que van cambiando, recuerdos que nos aterran y nos calman, y lugares a los que volvemos para sentirnos más segurxs, en un mundo de distancias, inmediatez, cálculo y hostilidad. Quizás mi colega no tenga esta opinión sobre sus propios escritos, pero es en todo caso esto lo que me ha removido, y lo que compartamos o no, quería compartir con él y con vosotrxs.

Un amigo del autor

Me gustaría volver.
El problema es que
no sé adónde.

Alberto Camacho Porras

*Ciudad de Madrid, careces de poesía.
(Kärnvapen Attack)*

Es mi pueblo

Me gusta llamarlo pueblo aunque tenga bloques y chalés adosados y haya más que doblado su población en muy pocos años.

Aunque esté rodeado de polígonos industriales y vías de tren y autopistas y enlaces a otras autopistas que te llevan a otras autopistas.

Aunque aparezca en el listado de las localidades más grandes de la zona según las entidades que se encargan de ello y ni siquiera tenga comarca propia (solo mancomunidad para que nos traigan la basura que generan los demás, aparte de nuestra ya de por si generosa aportación).

Aunque muchos sitios que existían cuando yo era pequeño ahora sencillamente hayan desaparecido para siempre.

Aunque sea más grande que casi todas las ciudades de casi todas las provincias de casi todas las comunidades de esta mierda de país.

Me gusta llamarlo pueblo porque en invierno (lo que queda de eso que llamamos invierno) a las ocho de la tarde ya no hay casi nadie en la calle.

Y entonces puedo salir y caminar sin que nadie me mire sintiendo el frío en la cara y reírme y sentarme a comer algo en el parque del centro, al lado de la iglesia y recordar como era este parque cuando yo era pequeño y como era este parque cuando yo era adolescente e incluso puedo imaginar como era este parque cuando yo ni siquiera había nacido. Bueno, no lo imagino, lo he visto en fotos antes de que lo enterraran en cemento.

Me gusta llamarlo pueblo porque a veces sigue siendo un pueblo. La gente te mira no solo porque seas raro, sino porque has ido con ellos al colegio, o coges el mismo tren o ellos han sido nazis o eran todo lo contrario o vete tú a saber porqué.

Pero te miran y les suena tu cara, como pasa en muchos pueblos.

Me gusta llamarlo pueblo porque, si es muy por la noche o muy por la mañana se escucha el tren a lo lejos, parecido a como debía escucharse cuando solo había un tren que sonaba a lo lejos entre la cebada, las vides y los olivos.

Me gusta llamarlo pueblo porque hay una cigüeña en lo alto de una iglesia, y un olmo gigante al lado de otra.

Y una churrería que lleva oliendo igual desde que soy pequeño.

Y además a los yonkis los conoces por su nombre, por su apodo o por la calle en la que viven. Igual que a los concejales de las diversas adscripciones.

Es importante que en un pueblo conozcas a los nazis, a los yonkis y a los concejales. Que todos se conozcan entre ellos y puedan intercambiar sus puestos sin mayor problema.

Pues sí, me gusta mi pueblo. Porque es mi pueblo. Quizás por nada más, realmente.

Makoke

Era solo un gato. Maullaba, cagaba y arañaba, como hacen todos los gatos.

Dormía sin parar y pedía caricias de manera insistente, como hacen todos los gatos.

Era vanidoso, autocomplaciente y zalamero, cualidades que las personas otorgan a todos los gatos por igual.

Y además, trataba fatal al único congénere al que la caprichosa voluntad humana permitió conocer en profundidad. Cosas de gatos, vamos.

Pero era mucho, mucho más.

A veces, cuando te maullaba y tú le contestabas y él te volvía a maullar y tú le volvías a contestar igual y sentías esa comunicación, sabías que era algo más.

Cuando por ejemplo, te levantabas una mañana fría con tu vida destruida intentando recomponer algo de ella y entonces él se acercaba a sentirte mientras desayunabas, era algo más.

Cuando estabas lejos de todo (y de todos) y te acordabas de él con una cercanía impropia de su especie.

Cuando no había nada por lo que sonreír y sin embargo, lo hacías.

Cuando te enfadabas con él (normalmente con razón) y al poco le pedías solemnemente disculpas y le agasajabas como al rey de un reino derrotado pero no vencido (a ti, que tanto te cuesta pedir perdón).

Cuando podías pasar ratos enteros solo mirándole (y como no). A ti, que tanto te cuesta soportar la mera presencia de otras personas durante demasiado tiempo.

Cuando te miraba con esos ojos curiosos e infinitos que llevaban en sí toda la sabiduría del mundo, sabías que era algo, que era mucho más que un gato.

Pero es que él era mucho, mucho más.

Nunca prometo nada, me parece una estupidez y además, las promesas están para incumplirlas. O precisamente por eso.

Pero a él le prometí no olvidar.

Dejando escrito su nombre ya no habrá forma de que la memoria (que es frágil, quebradiza y efímera) nos juegue a los dos malas pasadas.

Nunca.



Momo

Es negro y rotundo.

Los ojos, de un amarillo profundo.

Tranquilidad absoluta, es como si desde siempre hubiera estado aquí,

a nuestro lado.

Y el día en que ya no lo esté (todo llega, inevitable, al fin)

el vacío provocado será igual de profundo, negro y rotundo.

Noche de verano

Me gusta pensar en el presente como recuerdo.

Las palpitaciones al notar que el momento recién vivido se te escapa ya para siempre.

Que ningún otro volverá a ser igual.

Que lo habrás perdido, y que como mucho, solo te quedarán destellos fugaces de ese instante de vida, único e irrepetible.

El constante pasado que deja un regusto amargo (pero agradable);

es lo que buscas siempre en tu peregrinar, la poesía de los momentos intrascendentes que al evaporarse se convierten en el mecanismo de los sueños rotos.

El inaplazable brillar de ojos al sentir que según pasas, desapareces.

Ese ir muriendo lentamente de tu propia existencia de héroe desconocido.

Esa epopeya vital cotidiana que se deshace nada más transcurrida, ajena a todos y a todo.

Jamás escrita, y sin necesidad de ello, desconocida.

El tedio

El paisaje de las ventanillas del tren es siempre el mismo.

Las mínimas variaciones a lo largo de los años (un edificio, unas pintadas, el color de los matojos) se suceden de tal manera que el cuadro de fondo, y con él su significado, no varían nada.

Las caras de la gente pasan del sueño al hastío mientras se suceden los lunes, cíclicamente como las estaciones del año (cuando había cuatro estaciones, ¿os acordáis?).

Los antiguos fines de semana se llenan con las sonrisas bobaliconas y babeantes de quienes aún piensan que merece la pena pasar así los escasos años de carne firme.

La lucha de clases se convirtió en guerra de edades.

Y mientras tanto, todos nosotros seguimos perdiendo.

Entre tanto, los relojes te marcan el tiempo de vida por el que debes pasar corriendo.

O esperando.

Esperando la pasión, el deseo o la sorpresa.

En definitiva, la vida verdadera.

Bajo las mismas ventanas continúa la gente paseando su estupidez.

Los mismos niños, los mismos perros, las pisadas idénticas, blandas.

El olor de la basura y los saludos mecánicos a vecinos desconocidos (y escatológicos).

Es todo infinitamente aburrido.

Y triste, pero no es esa tristeza poética de los días dorados que en realidad nunca existieron.

No, todo lo llena ese aburrimiento vacío, ese aburrimiento aburrido.

Es, sencillamente, la nada.

Gente

La gente, por lo común, tiene hijos y compra en supermercados.

Aunque no viven demasiadas cosas, mueren igualmente, y no dejan apenas memoria tras de sí, pues ni siquiera lo intentaron.

No sabrían como hacerlo.

Tuvieron existencias grises, monótonas, planas.

Y si estas en algún momento se tiñeron de color estos eran manufacturados en masa para su consumo.

Caminan cerca de la luz por el miedo que le tienen a todo y aun así apenas se les distingue.

Se aglomeran en ocasiones (para todos y siempre, las mismas)

en grandes plazas de grandes ciudades;

y están preparados, listos, para ser asesinados; al fin y al cabo lo mismo da uno que otro.

Por coches, (con bomba o no) o por la existencia, mismamente.

Después de todos estos años, resulta que lo cuantitativo se impone a lo cualitativo.

En el fondo es casi lo mejor que puede pasarles;
un único momento de individualidad.
Situados a ambos lados de futbolistas de moda, antes
del tiempo, en el telediario.
El sueño de muchos, cumplido post mortem.

Antes de eso, ríen, con la ignorancia suprema colgada
de los labios.
Esos labios que deberían estar sangrando, los dientes
astillados, el miedo escapando por las cuencas
de los ojos.
No piden clemencia aún, pero quizás deberían empezar
a hacerlo.

Piensas, mientras caminas rápido, cabeza gacha, frío
en las manos.



Katanga

Cuando voy a la piscina siempre me gusta pasar por el barrio de Katanga.

Ese nombre no está en los planos, tampoco aparecerá si lo buscas en internet.

No existen guías que hablen de él, básicamente porque no hay guías que hablen de mi mediana ciudad de periferia.

Por supuesto, tampoco hay libros, no ha llegado quien escriba de esta zona; no hay épica, el crimen tampoco supera lo normal, y normales son sus vecinos, sus desgracias y su rutina.

El nombre le debe venir (pues las fuentes orales no han sido consultadas) de una guerra en lo que los bienpensantes europeos llaman África negra, allá en la década de los 60.

El barrio es producto del paternalismo franquista de aquellos años, la analogía es barata como aquella del barrio de Corea, pero efectiva y real.

Estaba separado del resto del pueblo.

Por alguna de las incipientes fábricas, por el arroyo que existía en aquella época y por supuesto, por la moral.

Porque este barrio era para pobres en una época en la que la clase media estaba apareciendo, y en esa zona junto a la carretera se podían construir casas baratas que no se vieran mucho.

Debe ser de las pocas zonas con personalidad que hay aquí. Los gitanos, los jebis y los borrachos se suman al incorregible aislamiento social.

Porque ya no hay fábrica ni hay arroyo, pero si chalés surgidos de la nueva clase media en los felices noventa, hay colegios, una autovía y un urbanismo más asfixiante que preventivo.

Y las casas, la gente, se han quedado allí, cristalizadas, envueltas en una edad indefinida.

Intuyo también que en la pobreza, aunque claro, no hay datos a consultar.

Y por eso a mí me gusta pasar por allí.

Porque los gatos callejeros te miran tan esquivos como el vecindario.

Porque de alguna de esas casas salieron las primeras músicas que escuché por propia voluntad.

Y porque atravesando esas cuatro calles, cruzando el parque desvencijado, puedo volver unas décadas atrás, cuando la gente era gente y no ciudadanía.

Algo que esta sociedad de la prisa y la ansiedad tiene peor que prohibido, oculto, asfaltado y democratizado.

Ciutat podrida, ens portes la nit i la por.
(La banda trapera del río)

Todas y cada una

Habr  pisado todas y cada una de sus calles.

Son centenares de miles de pisadas.

En solo unos años.

Pisadas lentas, para poder conocer las familiaridades de la nueva ciudad, desenvolverse en sus entrañas, alimentarme de su vida.

Las pisadas inseguras de la vuelta a una adolescencia que nunca has tenido.

Pisadas rápidas de prisas de ciudad grande que nunca has conseguido sacarte de dentro, aunque no hagan falta y al revés, te acerquen a mañanas y tardes involuntariamente solitarias.

O las odiadas pero a veces salvadoras del trabajo.

Estas eran repetitivas, mecánicas, fordistas. Siempre con un fin determinado, que aportaban economía, gasto, beneficio y saldo final.

Pisadas sin ritmo, o al que te marcaba la tristeza o el aburrimiento de no tener nada que hacer, poco en lo que pensar y mucho en lo que querías cambiar.

Pisadas de pies que han ido conociendo el mundo pequeño y ruin de la ciudad que tanto has añorado.

Seguramente, de no haber sido así, de no haber andado tanto (y tantas veces sin motivo, y otras tantas de motivaciones inconfesables) no la llevarías tan dentro de ti, no hablarías de ella como si fuera una persona.

Una persona que te ha hecho daño, que te ha hecho crecer y a la que siempre deseas volver a sentir.

Allí

Le mataron en una calle que ya ni siquiera existe. En un barrio de putas casi exterminadas por el turismo de masas, a las que en ocasiones sirvo café en una especie de oasis y que (por supuesto) valen más que todos los culos de ricos que he tenido que limpiar. Y tanto, y más que los ricos, y sus padres y sus hijos y su mierda de estirpe (de la que me gusta pensar que en Rusia, hace cien años, supieron bien como tratar). Las cosas cambian y sobre todo, las hacen cambiar, pero aquí aún quisieron ir más rápido y directamente derruyeron su calle junto a otras muchas. Junto a su memoria, la de las putas y la de otros como ellos: las tejedoras, los yonkis, los obreros con mono, los pistoleros, los chivatos, las limpiadoras, los buhoneros. Hijos e hijas de este barrio, de estas calles. Los hijos de los ricos a los que he limpiado el culo siempre tuvieron miedo de ellas. No porque fueran sucias, oscuras y peligrosas (para mí nunca lo fueron). Es que allí nacía mucha gente de esa que les cortaría el cuello si les dabas oportunidad.

Y esa idea durante décadas no les dejó dormir bien, atenazaba sus sueños, hacía angustiosos sus insulsos días, les obligaba a esconder la cabeza por si las sombras les seguían hasta sus palacetes en la parte alta de la ciudad al volver de la jornada laboral.

No podían vivir, no podían respirar, no podían permitir que a ellos, a los que el mundo pertenece, les sucediera algo así.

De ahí que directamente, decidieran arrancar un trozo de ciudad a la ciudad.

Un trozo de ciudad junto a sus gentes, vivas o muertas.

Junto a su historia, que es también la nuestra.

Los pocos que sobrevivieron son casi fantasmas; te miran con ojos vacíos, exhalantes, casi piden perdón por estar ahí ocupando un espacio que ya no les pertenece, por recibir limosna, por seguir estando en el mundo de las personas de carne y hueso cuando ya no lo son.

Cuando son los fósiles vivientes de un pasado repudiado, de un pasado que enterraron sin dejar apenas escrito sobre ello, no vaya a ser que los muertos salgan de sus tumbas (o de las cunetas, o de las tapias del cementerio, o del exilio).

A veces estos fantasmas, de la que te piden el café a cuarenta céntimos cortesía de los servicios sociales de la ciudad mutilada, se enfadan, gruñen, patalean.

Y sobre todo si les escuchas (a veces también aunque no lo hagas) te abren una puerta a ese pasado en el que se juntaban las caras picadas por la viruela de esas putas de vecindario y de esos vividores de poca monta hacinados en la húmeda y hedionda oscuridad salada de barrio vecino a la mar con una inmensa dignidad.

Y junto a ellos, los cuchillos y las bombas y los maúseres viejos y las star y las sten.

...

El caso es que a él le mataron en una calle que ya ni siquiera existe. No queda nada del empedrado del suelo, ni de las paredes ni de las casas siquiera.

Sin embargo, nunca me apasionó su historia. En una época de héroes, fue todo lo contrario, leguleyo de pobres y enemigo de sus amigos, casi un traidor.

Valiente sin ninguna duda, pero no tanto como el resto; de él no se pueden contar las epopeyas que se narran de otros.

Su muerte, anunciada y celebrada a partes iguales, no conmociona tanto a los suyos como la de los titanes que resuenan en nuestros oídos todavía hoy.

Y sin embargo, cada vez que pasaba por esa calle me gustaba mirar esa placa (oficial, más de aviso de la derrota que reconocimiento al caído) porque me recordaba quienes eran los míos y porque luchamos y morimos (y a veces y con razón, matamos).

Ahora, al ritmo incesante de otros fantasmas (los del consumo de un territorio que ni sienten ni les importa) tú eres casi tan extraño como él.

Ese trozo de ciudad ya no os pertenece, aunque lo hayáis pisado y amado con una profundidad, con un cariño y con un ansía que no conocerán los que solo conocen lo que hay en el catálogo.

Y así te alejas, rápido y fugaz como un fantasma.

No lo haces pegado a la pared porque esta, como la vida real, ya no está ahí.

Todos ellos

Estaba ese viejo carterista.

Pequeño, encorvado y hecho polvo. Con una bolsa llena de orina que le acompañaba siempre, al igual que sus gruñidos.

Era más que un amargado, un auténtico hijo de perra. Ruin, machista y despreciativo. Pasó la guerra mangoneando, como me dijo un día, y nunca dejó de hacerlo.

Y tenía unos ojos azules profundos y una sonrisa preciosa.

Estaba el viejo marinero.

El que había conocido la Yugoslavia de Tito; el que me llamó por el mismo mote durante los años y años que le puse el mismo desayuno (aunque entre medias pasaran años sin vernos).

El que leía la retaguardia, el que dejó tantas historias sin contar.

Estaba el pequeño viejo comerciante madrileño.

La vida le regaló unos años de más y vaya si los aprovechó.

Vida igual de pequeña, sencilla y envidiable, lleno de bromas, sonrisas y un humor de veinteañero en el cuerpo de un antiguo amargado.

La verdad, me hubiera gustado despedirme de él.

Estaba el viejo loco de la barba anaranjada.

Loco de los de verdad, loco de los de antes, de pregonarlo con orgullo y a los cuatro vientos.

De vivir en una chabola, feliz y consciente de sí mismo. Los ojos ardiendo siempre como chispas de pedernal.

Estaba el que parecía un señorito andaluz venido a menos (quizás realmente era un señorito andaluz venido a menos, aunque no lo creo).

Miserable, borracho, pendenciero de pandereta. Quizás nunca llegó a nada, o quizás lo dejó perder.

Estaba el viejo facha de las vascongadas.

Contaba que fue tan mal marido y padre como genial jugador de dominó.

Ocultaba el cariño que te tenía bajo una voz cazallosa de tabaco negro y una ironía que dejaba entrever que hacía mucho que necesitaba un abrazo.

El muy cabrón te apreciaba de verdad, lo notabas en su media sonrisa.

Estaba el pescador sin nombre.

En un mundo de grandes armatostes él seguía allí, por deseo y no por necesidad, faenando con su barquichuela, entendiendo de peces, de mareas y de vientos, como toda la vida.

Siempre le sobraban churros, su excusa para empezar una conversación de sonrisa franca, ojos suaves y arrugas agradecidas.

Le vi tiempo después; los ojos llenos de tristeza, acompañado pero solo, muriéndose. Y seguro que ya sin barca que le acercara a la mar.

Ambos nos miramos, sabiendo que sería la última vez y sencillamente no fui capaz de acercarme para decirle nada.

Estaban ellos y muchos más.

Estaban ellos y sus sombras y sus memorias y sus barrios. Y sus vidas de antigualla pasada de moda.

Estaban, y los echo de menos.

El teatro

Está todo tan bien representado que parece cierto.

La gente se encamina corriendo hacia sus trabajos y se empuja en el metro. Se miran mal, a veces se gritan. Parecen realmente cansados y tristes cuando vuelven a sus casas muchas horas después.

Los pobres del centro huelen como si olieran realmente mal. Piden como si lo necesitasen y tienen una mirada casi verdadera.

A los maderos han conseguido ponerles esa pose de chulos –como los de verdad– y cuando persiguen a los manteros y ostian a los chavales en las manis le ponen ganas –como si realmente les pagaran por ello, como si fueran tan sádicos como los de verdad–.

Y los fines de semana, la gente se comporta como deberían hacer en un auténtico fin de semana: se emborrachan y se drogan, se pelean, bailan como idiotas y follan con desconocidos – a veces, también con conocidos–. Se hacen los felices. Y los domingos están deprimidos, tristes, exactamente igual que la gente de verdad antes de que acabe un fin de semana. Como si comprendieran que todo es una farsa.

Es todo tan real que gentes de todo el mundo vienen a verlo. Pagan por verlo. Vienen de todos lados. Vienen los muy ricos y vienen los mochileros. Los hombres y las mujeres. Los viejos y los niños. Vienen, llegan y se van sin parar, uno tras otro.

Los actores no se quejan demasiado por actuar como serían en una vida igual, pero sin espectadores.

Durante todos los días del año.

Durante toda la vida.

*La heroica ciudad dormía la siesta.
(Leopoldo Alas –Clarín–)*

Con queso azul

Nunca me ha gustado esa calle. Es vieja pero no lo suficiente como para llevarlo con encanto. Sucia, pero no lo bastante.

Lo que si está es llena de coches por sus dos carriles a cada lado, de ruido y de gente.

Alguna vez tuvo un pasado glorioso: una gran fábrica de armas favoreció la construcción de unos chalecitos muy monos para los altos cargos de la empresa.

Hoy abandonados, ofrecen esa decadencia de la que adolece el resto de la calle.

Más tarde, en una revolución olvidada, por aquí entraron a sangre y fuego los conquistadores restaurando el orden.

Yo antes iba mucho por esa calle; tenía que cruzar la ronda de la pequeña ciudad llena de tráfico, esperando en los largos semáforos mientras tragaba humo, y luego bajaba por la acera de los chalés imaginando como sería estar dentro de ellos, observando a los gatos que cumplían mis ensoñaciones y esperando que

el día no se torciera, algo que sucedía muy a menudo. Luego, al revés. Me tocaba enfilar en subida el camino a mi casa. Normalmente solo, enfadado, triste o ansioso.

Este recorrido (también el vital), lo hacía varias veces al día, invariablemente, durante mucho, durante demasiado tiempo.

Y lo hacía porque quería, si por eso entendemos la falta de ataduras físicas y económicas, de obligación sin alternativa.

Durante demasiados meses, por eso entenderéis el porqué no puedo hacer otra cosa que odiar esa calle. Y mira que he vuelto otras veces, por motivos anodinos, por necesidad y a veces hasta por placer.

Pues bien, estaba subiendo yo esa calle de camino a mi casa una noche a deshoras.

Digo que a deshoras porque no era mi intención volver tan pronto a la habitación en la que intentaba vivir lo mejor posible en aquella época.

Y estaba solo, enfadado, triste y ansioso.

No recuerdo el motivo exacto por el que estaba enfadado, triste y ansioso. Más o menos recuerdo porque estaba solo.

Aunque al menos no estaba físicamente herido, cosa esta de la que no pude vanagloriarme siempre.

Pero sobre todo recuerdo que estaba hambriento, que era viernes y que orbayaba.

Así que no había muchas posibilidades de que las basuras de la ciudad heroica me ofrecieran algo. Y mucho menos algo caliente. Ya no digamos una pizza entera, recién hecha, con queso azul y empaquetada. Pero eso había.

Para mí era casi tanto premio como el que recibió siglos atrás la heroica ciudad al ser nombrada guardiana de un arca llena de despojos sagrados de los que también han estado comiendo durante siglos (aunque claro, unos más que otros, como siempre).

Así que ya podía yo subir; orgulloso y triunfante al fin, a casa solo, a cenar solo, leer solo, masturbarme solo e intentar dormir solo mientras escuchaba la lluvia azotar mi ventana rota.

Joder, fue una de mis mejores noches en años.



El aire húmedo

Cuando sales del bus el aire es mucho más húmedo.
Puedes respirar.

Las calles no parecen desde luego llenas de heroicidad, nobleza y lealtad como prometía su heráldica, pero al menos están casi vacías y no tienes que cruzar tu mirada con la de nadie más.

Conversas contigo mismo al compás del ruido de la maleta, traqueteando ambos.

Amaste esta ciudad, esta tierra y estas gentes.

Ahora el encanto está roto, es todo vacío, aburrido y triste.

Solo se mantiene algo en noches como esta, con la neblina bajándote hasta los pies, la humedad entrando en tu interior y el vaho de enero empañando el aire.

La antigua melancolía por la que elegiste este lugar apartado aparece aún en momentos como este, aunque sea de forma desvaída y sin fuerza, más como un deber que como el deseo tranquilo con el que se manifestaba las primeras veces.

Sabes que con eso solo no se puede vivir, aunque te gustaría que fuera suficiente; es una pena, pues presientes el final, lo haces de manera cada vez más cercana y abrupta.

Unos años de vida suspendidos en el vacío, sin saber que fue el paréntesis de qué.

Esto fue todo.

Sonata de verano horas antes de Torrecerredo

Los fantasmas se aparecen
esta noche en la pequeña ciudad,
entre los golpeteos de los cubos de la basura contra
el suelo.

Lo hacen atravesando las nubes que cubren el monte,
la ciudad,
y la luna.

Recordándote, por si no lo tenías claro, que no perteneces a este lugar

–y tu fracaso al pretender lo contrario–.

Las voces están amortiguadas por la niebla,
pero reconoces todas y cada una de ellas, sus cadencias,
el singular reflejo de los paladares en las calles vacías,
rebotando en los edificios que vibran con el cemento,
el acero y el cristal.

–resuenan dentro de ti, no han dejado de hacerlo–.

Las noches de insomnio son las mejores
(no solo por la soledad, sobre todo es por la ausencia
de ventanas con vida, si es que alguna vez la tienen).
Es posible que tras las pocas en las que existe luz en-
cendida haya otras personas recordando a sus pro-
pios fantasmas
(sus propios, íntimos fracasos, tantas veces definitivos).
En las noches en vela de esta ciudad, siempre tan lle-
na de sombras.

¿Qué arde?

Ya no arden las calles ni las carreteras.

En todo caso, los bares del barrio antiguo sí que lo hacen (siempre que no sea lunes, el día en que todo es gris aquí).

Arden los bosques también, pero sobre todo arden las fosas nasales de los posadolescentes.

Y esto, esto es todo el fuego que queda en el territorio.

El resto está fosilizado en los libros de historia o en los carteles (viejos o nuevos, todos se parecen, hombres hercúleos de los que no lloran jamás).

Ni siquiera los rescoldos quedan (si es que existieron).

Las miradas apagadas de los viejos son la seña más evidente de la derrota; al menos en los sitios donde aún queda alguien para mirarlos.

Toda una tierra transformada en mitología de extrema izquierda.

Un lugar separado del tiempo y de la realidad, anclado en glorias que pasarán toda una vida y toda una muerte bajo tierra.

En homenaje se las ofrenda con festivales de rock, ejemplo de la falta de vergüenza de toda esta época.

Ni siquiera se pueden remover en sus tumbas porque no existen.

Tampoco el suelo abunda en estas latitudes, mientras que la niebla está cada vez más en los ojos que en el ambiente.

Y no solo eso, el agua es más fácil encontrarla embotellada para vender.

Da igual;

quedan himnos épicos,

cantares de borrachos,

el fútbol

y la cocaína.

*I was born to be hanged, I will never drown
(Severed Head of State)*

Recuerdos de básquet*

El primer recuerdo, borroso, que tienes que buscar y rebuscar. Un pabellón perdido en alguna ciudad de la periferia de Madrid. Una obra en la que tu padre había trabajado de vigilante. Como recompensa había recibido entradas para el partido inaugural.

Figuras veloces moviéndose abajo, en la pista. Te gusta imaginar que quien jugaba era el Madrid contra algún equipo soviético o yugoslavo. Con cuatro o cinco años no se pueden recordar muchas más cosas.

Años después, aquel triple de Corny Thompson. En realidad no estoy seguro de si lo vi realmente, lo escuché por la radio o es más bien un recuerdo inventado. Aún así soy capaz de visualizar aquel escorzo imposible y de sentir la emoción de aquel triunfo ajeno.

*Una versión anterior de este texto apareció publicado en la revista *Tú al Ramiro y yo a Badalona*, núm.4. Febrero de 2015.

Sabonis tirando un uno más uno y el Madrid perdiendo con el Salamanca de Rafa Vecina, ese tío que siempre parecía a punto de la retirada. Y la gente de Salamanca debía de sentirse feliz con él.

El Mundial del noventaycuatro (¿o era el del noventayocho?) y los fracasos de cuando aun no éramos los mejores. Preludio y espejo de los que nunca jamás seremos los mejores en nada.

Chandler Thompson, al que recuerdo más por el PC Basket 3.0, en el que se colgaba que daba gusto –el pixelado tan solo añadía aún más fuerza a la imagen– que del mundo real.

En ese juego el pobre de Crujeiras siempre acababa muerto y claro, nadie quería pedirse al Ourense.

En este PC Basket 3, juego al que dedicamos muchos años más de su vida útil, mi hermano se dedicaba a aumentar su distancia en el marcador un día detrás de otro cual Saturno incansable, ebrio de machacar a los equipos pequeños.

Los destrozaba y el cabrón encima se reía. Y lo que es peor; me ganaba cuando jugaba contra él y dejaba el teclado grasoso de las patatas fritas que engullía al

mismo tiempo que a equipos como el Murcia o el Ourense del pobre de Crujeiras.

La cancha del Egido, donde te colabas a jugar durante horas y a beber litronas, que para eso tenías 14 años. Claro, en pleno centro del pueblo y a las seis de la tarde, ¿cómo querías que se enteraran tus padres?

Mi primer partido ACB y encima un derbi Estu-Madrid. La pasma y los nazis, y los dementes riéndose de ambos. Y no entender ni los pasos ni las faltas ni nada de nada, solo que no importaba demasiado perder.

Mi único viaje con la Demencia. A Valladolid, quién sabe cuántos años habrán pasado. Solo recuerdo que yo era abstemio y los litros de alcohol que hacían a la gente idiota y divertida y el bar de los Puagh y el bottellón y unos costras saliendo de quién sabe dónde y unas pintadas defendiendo la cocaína y gente subida a una farola. No sé quién ganó y se me hacía pesado tanto porro y tanto mini, pero cada vez que me acuerdo me descojono de risa. ¡Ah! Y esa noche, además, cambiaban la hora.

Ponerse a jugar al basket pasados los años de la adolescencia, con una panda de punkis en el centro de Madrid y que unos tipos que se parecían en mu-

cho a los temidos Latin Kings (o a los Ñetas o vete tú a saber) se queden flipando de tal manera que ni siquiera se puedan reír de nosotros. Claro, a la siguiente quedada nos fuimos a jugar al fútbol, que al menos era más fácil.

Pasear por Badalona escuchando a través de los pabellones de los coles las zapas y el botar de los balones, muriéndome de envidia. Estar en una ciudad donde los chavales juegan al basket en vez de al fútbol. E ir al Olympic, volver a casa andando por ese barrio e imaginarme al Dream Team paseando por la noche igual que yo. Seguro que echaban de menos hasta el doomtoun de Detroit.

Jugar al basket mientras vivía en Barcelona. En el parque de tierra de un barrio inhóspito con mi balón de calaveras (regalo de cumpleaños).

En la plaza de La Farga a todas horas, compartiendo cervezas, defendiendo como griegos, perdiendo con los dominicanos, intentando saber quien me daba con el tirachinas a las doce de la noche.

Echar unos tiritos en el patio de una casa okupada en Tesalónica...que era un antiguo orfanato y cuyos habitantes eran además hinchas del Iraklis. Perdí, pero como entenderéis eso era lo de menos.

El Oviedo Baloncesto. Ver un club desde dentro, que te traten como si fueras de casa, tener a medio metro de mí a jugadores que acabaron en ACB, que juegan a cinco minutos de tu casa en el barrio más humilde de la ciudad y en un pabellón que hace al Magata un pabellón NBA. Que te guste tanto que viajes a Lugo no a las fiestas ni a comer empanada...sino a ver el debut del equipo de tu ciudad adoptiva en LEB Oro.

Echar unas canastas contra mi hermano en el último pueblo de Irlanda. Bueno, solo hasta que nos echó el director del colegio después de indagar si éramos lugareños.

Eso sí, antes le conseguí ganar con mi tiritito de toda la vida desde tres-cuatro metros aunque el cabrón me posteaba que da miedo. Aunque ahora que sé lo que significa flotar tengo un recurso definitivo contra él (y vengarme de las humillaciones sufridas en el PC Basket).

Y claro, acabamos tomando cervezas.

Repetir en Pinto bajo aguanieve y hacer mates al límite del ridículo en canastas de niños pequeños.

Jugar en Oviedo. Con lluvia, en canastas desastrosas, por la mañana, a media tarde y hasta de madrugada.

Intentar movimientos de jugador de verdad y crearme un escolta yugoslavo de los ochenta.

Jugar mientras hablas de la NBA, del Estu, de jugadas del Chacho, del OCB, de la afición de la Peña, de la política y del trabajo.

Jugar en la liga cooperativa de basket, contra gente que sí que sabe hacerlo de verdad, y pegarse palizas en metro para correr detrás de un balón que apenas si tocas unos segundos.

Jugar si llueve, si hace frío, jugar si estás en el paro o porque tienes tiempo antes del trabajo.

Jugar porque sí.

Paraguas

Me gusta el sonido de la lluvia al golpear contra el paraguas.

Oculto el resto de los ruidos: coches, bocinas, resoplidos y motores.

También los pensamientos de los demás transeúntes, de común tan estúpidos y vacíos.

Si consigues concentrarte y no chocar con nadie, puedes escuchar el clap-clap del repiqueteo, como si se tratase de un tambor de guerra.

Una guerra contra el mundo, una sucesión de batallas por tu soledad.

En ocasiones se combina con el chancleteo de las zapatillas mojadas, o mejor aún, con las pisadas en los charcos.

También con la caída del agua, a raudales o suavemente, sobre la acera.

Es una combinación deliciosa de elementos acústicos que consiguen amortiguar el mundo exterior.

Pero hay más:
el follaje de los árboles ondeando al viento sus bande-
ras de hoja y rama,
la visión de las nubes con forma y materia contra el
cielo demasiadas veces plano y vacío,
el reflejo del agua en las aceras de la ciudad, limpián-
dola de impurezas,
el barro entrando en cualquier lugar sin avisar y
sin permiso.

Una orgía de los sentidos habitualmente aletargados,
con la alegría implícita de que por norma estos días
son aborrecidos por tus congéneres (idiotas ellos),
dejándote tranquilo y libre para disfrutar
con el vuelo solitario
de la imaginación.

Sobre gustos no hay nada escrito

Me gusta cuando se hace pronto de noche, así me puedo ir a la cama a las nueve.

Y también me gustan las ciudades cuando tienen el suelo mojado después de llover.

O con niebla resbaladiza pegada en torno a los edificios.

Me gustan los gatos callejeros. Les miro, a veces les digo cosas, les chisto y a veces hasta les maúllo.

Normalmente suelen pasar de mí, pero a veces hay alguno más confiado que viene y me deja que le acaricie la cabeza (después de olerme claro está).

Entonces, me gusta mirarles a los ojos.

Me gusta estar solo, aunque no demasiado, porque ya sé lo que es eso.

Me gusta el olor a suavizante en las sábanas.

Aunque no es políticamente correcto, tiene un tacto muy agradable.

Me gusta Bukowski, y creo que se nota bastante.

Bueno, no me gustaría él pero me apasiona como escribe, su forma de encontrar la belleza y a veces también la verdad entre la mierda y lo nauseabundo.

Me gusta subir montañas, altas o pequeñas, y reírme o al menos sonreír, cuando lo hago.

Prefiero que haya poca gente allá arriba.

Muchas veces, prefiero que no haya nadie.

Me gusta pasear por lugares en lo que no he estado antes.

Callejear, a veces demasiado deprisa, por sitios que quizás no tienen ningún interés pero que son nuevos para mí.

Me gustan las pizzas (aunque eso está muy sobreevaluado en mi historia personal) y me gusta mucho el sexo oral.

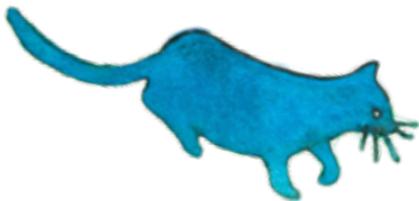
Me gusta el queso.

Estuve años sin probarlo por razones que no vienen al caso, y lo parto en tacos muy grandes para masticarlo con las muelas.

Me gusta que me halaguen –aunque sé que no debería– y me gusta reconocérmelo.

Me gustan, en fin, cosas sin mayor singularidad ni especial interés.

Como a todo el mundo (supongo).



Queremos volver, el problema es que no sabemos adónde, pues despojadas de raíces, creamos las nuestras como podemos, entre identidades con las que nos protegemos y que van cambiando, recuerdos que nos aterran y nos calman, y lugares a los que volvemos para sentirnos más segurxs, en un mundo de distancias, inmediatez, cálculo y hostilidad.